

INTRODUCCIÓN AL VÍA CRUCIS

Emprenderemos un doble vuelo: el uno a través del espacio; el otro a través del tiempo.

Desde Coquimbo volemos a Jerusalén; son 30.000 kilómetros, un día entero de viaje. Y vayamos al lugar en que un grupo grande de hombres y mujeres se disponen a emprender un recorrido desde el Palacio de Herodes, cercano al Templo, hasta el Cerro del Calvario, en las afueras de la Ciudad Vieja.

Y volemos también desde este comienzo del siglo XXI hasta el comienzo del siglo I, hacia los tiempos del Emperador Tiberio, cuando gobierna Palestina el magistrado romano Poncio Pilatos, cuando Herodes es rey en Galilea con el apoyo de los romanos y Caifás es el Sumo Sacerdote de los judíos.

El grupo de gente que allí se ha reunido quiere asistir y participar, con sus gritos de odio, con sus insultos y groserías, en la ejecución de tres condenados. Ellos están semidesnudos, el cuerpo ensangrentado por los latigazos que han recibido, el rostro demacrado. Uno de ellos llama la atención: pese a los malos tratos sufridos, a su rostro desfigurado por los golpes, impresionan su dignidad, su dulzura, su paciencia: es Jesús de Nazareth, el judío que desde hace algunos años viene predicando, desde su fe de judío, una religión nueva, admirable por su pureza, su sencillez, su insistencia en el amor.

Algunas de las personas presentes lo miran con simpatía, con compasión: se ve que lo quieren, pero saben que es inútil pretender defenderlo. Los tres están condenados a muerte y van a morir.

Unámonos, mis hermanos, a esta triste peregrinación. Tengamos los ojos puestos en El. Tratemos de comprender lo que está pasando. Recordemos lo que El enseñaba y las cosas que El hacía, hasta hace pocas horas, como trataba a los enfermos y a todos los que sufrían y acudían a El. Y acompañémosle por el camino que lo lleva a la Cruz.

(Cada estación con su fotografía correspondiente)

PRIMERA ESTACIÓN

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

MEDITACIÓN

Las autoridades religiosas del pueblo judío, las autoridades políticas - el rey Herodes y el gobernador romano Poncio Pilatos-, se sienten con derecho para juzgar y condenar a Jesús.

Jesús es el más inocente de los que alguna vez han sido acusados y juzgados por tribunal alguno. Sin embargo es condenado a ser torturado y muerto en forma cruel.

El mundo necesita justicia. Que no haya personas inocentes condenadas a la miseria, a la enfermedad, a la angustia, a la desesperación, al maltrato, injustamente, por el abuso de otros, por un sistema social injusto, por desigualdades irritantes. En Jesús, injustamente tratado, debemos reconocer a todos los hombres injustamente tratados, en el mundo entero y comprometernos a ser nosotros justos, siempre y con todos, y a luchar porque haya justicia en el mundo, para todos.

Oración

Señor Jesús, ayúdame a ser justo, siempre y con todos, y a luchar por la justicia para todos. Dame el coraje de defender al que es injustamente tratado. Y de decir siempre la verdad ya que la mentira es cómplice de la injusticia, así como la verdad va de la mano con la justicia.

SEGUNDA ESTACIÓN

JESUS ES CARGADO CON LA CRUZ

MEDITACIÓN

Una cruz de madera capaz de soportar, verticalmente, el cuerpo de un hombre tiene que ser muy pesada, especialmente para un hombre que ha vivido una noche de agonía y ha sido tratado sin piedad.

Jesús se ha propuesto redimirnos de nuestros pecados por su propio sufrimiento, físico y moral. Y como nuestros pecados son abrumadores, El ha querido ser abrumado por el dolor.

Que el padecimiento de Jesús nos haga comprender lo grave de nuestros pecados. Que nos propongamos vivir una vida sin pecado, limpia, sincera, honrada, generosa para no contribuir al padecimiento de Cristo. Y a unir nuestros propios sufrimientos a los de Cristo para contribuir así a la salvación del mundo.

Oración

Señor Jesús, ayúdame a ser virtuoso, a alejarme del pecado, cualquiera que sea y a ayudar a otros a arrepentirse del mal y a convertirse al bien ya que es el pecado –los míos y los ajenos – la causa de todo lo que Jesús está sufriendo y va a sufrir a lo largo de este penoso recorrido.

TERCERA ESTACIÓN

JESUS CAE POR PRIMERA VEZ

MEDITACIÓN

Caer, mientras lleva la cruz, significa que está agotado, que no da más. Significa también un recrudecimiento de sus dolores: la cruz lo aplasta con su peso; los soldados le apremian a golpes para que se levante, retome su cruz y siga su camino.

El sufrimiento que Jesús se impone para poder perdonar nuestros pecados es real, y llega al límite de la resistencia de un hombre.

Volvamos a considerar la gravedad de nuestros pecados y la generosidad de Cristo que sigue padeciendo, hasta no poder más, por nosotros.

Oración

Señor Jesús, tu caída me duele porque sé que yo soy causa de ella, junto con todos los pecadores del mundo. Que tú caída me ayude a levantarme de mis caídas en el pecado

CUARTA ESTACIÓN

JESUS SE ENCUENTRA CON SU MADRE

MEDITACIÓN

El dolor y el amor se encuentran. María ama a su hijo y verlo sufrir en esa forma es para ella un inmenso dolor. Y ella une su dolor al de su hijo y con la misma intención: obtener el perdón de los pecados de los hombres.

Y Jesús ve a su madre, la ve sufrir y sufre de verla sufrir. Une su dolor al de ella, como ella une el suyo al de El. El es el redentor: ella es la co-redentora, la que, sufriendo ella misma con él, lo ayuda a redimirnos.

Seamos nosotros también co-redentores. Unamos los sufrimientos y las penas de nuestra vida a los de María, a la vez que a los de Jesús, para contribuir nosotros también, como María, a salvar el mundo del pecado y a abrirle las puertas del cielo.

Oración

Santísima Virgen María: enséñame a querer a Jesús como tú lo querías, a compadecerme de sus dolores y a unir mis propios sufrimientos a los de El, para la salvación del mundo, tal como tú lo hiciste.

QUINTA ESTACIÓN

EL CIRINEO AYUDA A JESUS A LLEVAR SU CRUZ

MEDITACIÓN

No sabemos si este hombre, de Cirene -en el norte de África- fue obligado a hacerlo y lo hizo de mala gana o si aceptó la carga, contento de aliviar, aunque fuera un poco, el sufrimiento y el agotamiento de Jesús. Podemos suponer que ese rato que estuvo padeciendo junto con Jesús le mereció un gesto de amor del maestro. El haber ayudado a Jesús a redimir al mundo le ayudo a comprender a Jesús, a admirarlo, a agradecerle por lo que hacía por nosotros -y por él también- a quererlo y a sentir que Jesús lo quería, lo perdonaba y lo salvaba.

Nosotros somos como el cirineo. Ayudamos a Jesús, no porque nadie nos obligue, sino porque lo amamos y nos sentimos contentos de cooperar con El, de estar cerca de El, de sentir que El nos ama y de amarlo también nosotros a El.

Oración

Señor Jesús, quiero ser como el Cirineo, quiero ayudarte a llevar tu Cruz, quiero compartirla contigo, para el perdón de mis pecados y para estar cada vez mas unido contigo.

SEXTA ESTACIÓN

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESUS

MEDITACIÓN

Después de gesto de compasión de los soldados romanos que obligan al Cirineo a llevar la cruz de Cristo para aliviarlo, o del propio Cirineo que talvez aceptó la orden de ellos por su propia compasión por Jesús, vemos el gesto, totalmente espontáneo, de esta mujer, a la que la tradición llama Verónica.

¿Qué más adecuado para aliviar a un hombre agotado, sudoroso, ensangrentado que lavarle y refrescarle la cara con una toalla mojada en agua fría? Dice la tradición que Jesús agradeció el gesto de Verónica, dejando grabada la huella de su rostro en la toalla de la piadosa mujer.

Y, si nosotros nos compadeciéramos de lo que Jesús ha padecido o padece por causa de nuestros pecados, ¿no grabaría la huella de su rostro en nuestras almas?

La primera expresión de la caridad fraterna es la compasión por los que sufren. El que se compadece tiene el rostro de Jesús, se parece a Jesús, da a conocer a Jesús a aquellos a quienes trata de aliviar.

Oración

Señor Jesús, danos un corazón compasivo, capaz de compartir los sufrimientos ajenos y de tratar de atenderlos. Haznos también compadecernos de tus sufrimientos y deja en nosotros, como en el velo de Verónica, la huella de tu propio rostro.

SÉPTIMA ESTACIÓN

JESUS CAE POR SEGUNDA VEZ

MEDITACIÓN

El mundo está lleno de gestos simbólicos y podríamos creer que, para lograr el perdón de nuestros pecados le hubiera bastado a Jesús con un gesto simbólico: como cuando el Papa, o un Obispo, carga la cruz el Viernes Santo: nadie espera verlo derrumbarse por el agotamiento y, si alguna vez eso ocurriera, todos se apresurarían a levantarlo del suelo y otro seguiría con el Vía Crucis. Con Jesús no es así. Pese a la ayuda del Cirineo, pese al momentáneo alivio que le dio Verónica con su paño húmedo, el agotamiento se hace cada vez peor y nuevamente se derrumba en el camino, incapaz de caminar más.

Nuestros sufrimientos, físicos o morales, tampoco son simbólicos. Son reales, duelen, a veces sobrepasan la medida de nuestro aguante. ¡Qué consuelo puede ser entonces el mirar a Jesús, caído en el suelo, abrumado de dolor! Y sacar de esa mirada paciencia para soportar las penas y dolores que padecemos, sean los que sean, sabiendo que Dios los permite, así como permitió que su hijo Jesús sufriera lo que sufrió por nosotros. Suframos con Jesús y como Jesús por la salvación del mundo.

Oración

Señor Jesús, haznos realistas para enfrentar y aceptar la vida tal como se nos presenta, con sus alegrías y sus penas, tal como lo hiciste Tú, desde tu nacimiento en un pesebre hasta tu muerte en una cruz. Danos coraje y paciencia con la esperanza puesta en el cielo.

OCTAVA ESTACION

JESUS CONSUELA A LAS MUJERES DE JERUSALEN

MEDITACIÓN

Jesús necesita y merece compasión pero, desde su propio sufrimiento, desde su agonía, sigue capaz de compadecerse de los demás. Él une su angustia, su dolor y su agotamiento a los de esas desoladas mujeres. Ellas lloran por Él. Él llora por ellas, pensando en lo que ellas, y todo el pueblo judío, tendrán que padecer en años venideros. Y las consuela, haciéndoles ver que, a través del dolor, tienen que esperar las grandes alegrías que las esperan en el cielo.

Cuando somos felices, cuando tenemos de todo, debería sernos fácil ayudar a consolar a los demás: pero no siempre es así. La felicidad nos hace egoístas. En cambio, cuando conocemos la pobreza o la enfermedad, sabemos compadecernos más de los que sufren porque los comprendemos mejor. La pobre viuda de que nos habla el Evangelio daba limosna, aunque fueran dos pobres monedas, porque sabía lo que es tener hambre. Seamos nosotros generosos como ella, si estamos sufriendo, porque sabemos lo que es el sufrimiento. Si lo estamos pasando bien, por compartir con los que lo están pasando mal. Cristo, de su propio dolor sacó fuerzas para consolar a los que sufrían mucho menos que Él.

Oración

Señor Jesús, danos el arte de consolar. Que la experiencia de mi propio sufrimiento me enseñe a comprender los sufrimientos de los demás. Y que así como alguna vez en mi vida he sido consolado en mis penas, sepa yo consolar a los que tienen pena o dolor.

NOVENA ESTACIÓN

JESUS CAE POR TERCERA VEZ

MEDITACION

El esfuerzo que Jesús ha hecho por consolar a las mujeres que han llegado hasta El, termina de agotarlo. Cae por tercera vez: se derrumba. Tendrán que levantarlo, llevarlo hasta el cerro en que lo espera la cruz de su suplicio. Sus fuerzas físicas se han agotado. Queda su fuerza moral, su capacidad infinita de amar y de sufrir por amor.

Una fuerza misteriosa lo sostiene y lo sostendrá hasta el fin: su unión con su Padre en la oración, su amor a los hombres por quienes está sufriendo su agonía, la satisfacción de la obra que está a punto de cumplir, el cielo y su gloria que se abren para miles y miles de hombres y mujeres pecadores, arrepentidos y salvados. Y así llegará hasta el pie de la cruz. Aun tenía que sufrir más.

Para nosotros también la vida suele ser dura. Pero no nos compadezcamos demasiado. Unamos nuestras propias cruces a la cruz del Señor. Ayudémosle a El a llevar su cruz, compadeciéndonos de sus sufrimientos y El nos ayudará a llevar nuestras propias cruces.

Oración

Señor Jesús, danos la gracia de perseverar hasta el fin. Cuando llegue la hora de la vejez, cuando penas y dolores parecen cargar más que nunca sobre nosotros, reaviva en nosotros la esperanza del cielo, que está cada día mas cercano, en que descansaremos de todas las penas y gozaremos sin fin.

DÉCIMA ESTACIÓN

JESUS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

MEDITACIÓN

Quitarnos la ropa es como quitarnos nuestra dignidad, nuestra personalidad, nuestra auto estima. Es reducirnos a la nada delante de los demás. Esa prueba esperaba a Jesús, al igual que a los dos delincuentes que iban a ser crucificados con El.

“Desnudo salí del vientre de mi madre; desnudo volveré a El”. “El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!”, decía Job en su desamparo. Así como al hijo pródigo su padre lo hizo “ponerse el mejor vestido, un anillo en la mano y sandalias en los pies”, así también el Señor vestirá de gloria a su hijo despojado de todo.

La vida, a veces, nos va despojando de todo: los bienes, la salud, los seres queridos van quedando atrás. ¡Que dicha sentiremos al llegar al cielo, despojados de todo, para ser revestidos de gloria por el que fue clavado desnudo en la cruz, para ser el también, mil veces más que nosotros, revestido de gloria por su Padre Celestial.

Oración

Señor Jesús, haz que vivamos siempre en la esperanza. Y que, a medida que los años nos van despojando de nuestra salud, de nuestros bienes, de nuestros seres queridos, pensemos más y más en la gloria del cielo que nos espera.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

JESUS ES CLAVADO EN LA CRUZ

MEDITACIÓN

Al parecer, los dos ladrones, como la mayoría de los condenados a ser crucificados, estaban atados a la cruz, no clavados en ella. Morían de sed, de asfixia, de dolor también. Pero a Jesús lo clavaron en la cruz. Esto significaba un dolor agregado: el peso del cuerpo cargaba sobre las muñecas perforadas, las hemorragias producían anemia. Era un suplicio horrible. Y duró varias horas.

El que sufre y muere en la cruz es el hijo de Dios hecho hombre que vino al mundo para enseñarnos el camino del bien y para sufrir y morir por nosotros para que nosotros pudiéramos ser perdonados de nuestros pecados e ir al cielo. Aceptemos una vida de trabajo y, a veces, de sufrimiento, con alegrías y penas, pensando en Jesús, que por medio del sufrimiento, el suyo y también el nuestro, nos lleva al cielo.

Oración

Señor Jesús, míranos desde la cruz en que estás clavado, sufriendo por mí y por todos los hombres. Que tu mirada me purifique, me cause horror al pecado, me haga para siempre agradecido de tu amor y me llene de amor hacia Ti.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

JESUS MUERE EN LA CRUZ

MEDITACIÓN

“En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu”. Fueron sus últimas palabras. La tierra tembló, el cielo se oscureció. Los que presenciaron su muerte quedaron aterrados. Pero El había dejado de sufrir. Había cumplido su misión. Nos había reconciliado con Dios. Nos había abierto la puerta del cielo para que, tras nuestra propia muerte, perdonados nuestros pecados por sus sufrimientos, llegáramos al cielo para ser felices para siempre.

Señor, danos paciencia para vivir, para trabajar, para sufrir; danos ánimo para hacer el bien, para amar y servir a los demás, para amarte e imitarte a ti, para prepararnos como Tú para la muerte, para morir como Tú, tomados de tu mano e ir al cielo para estar siempre contigo. Al delincuente crucificado a tu lado, que, arrepentido, te suplicaba: “Acuérdate de mí cuando estés en tu reino”, Tú le dijiste: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Señor yo también te pido que te acuerdes de mí, desde el reino en que estás y en que me esperas.

Oración

Señor Jesús, con el buen ladrón yo te digo: “Acuérdate de mí cuando estés en tu reino”. Haz que oiga tu palabra, que desde la Cruz me dices: “Algún día, no muy lejano, estarás conmigo en el paraíso”.

DÉCIMA TERCERA ESTACIÓN

JESUS ES BAJADO DE LA CRUZ Y ENTREGADO A SU MADRE

MEDITACIÓN

Jesús ha muerto; pero su cadáver sigue presente en este mundo, por poco tiempo.

El cuerpo de Cristo ha sido el instrumento de que El se ha servido para estar entre nosotros, trabajar por nosotros y sufrir y morir por nosotros. Para enseñarnos la verdad y hacernos el bien.

Su cuerpo, ahora muerto, se formó en el seno de su madre María Santísima. Es parte de ella. A ella se lo entregan después de haberlo piadosamente bajado de la cruz y ella lo recibe con amor y dolor: su hijo, muerto.

Un día, nuestro cadáver, colocado en un ataúd estará talvez expuesto, por algunas horas, en una capilla mortuoria o en la Iglesia. Y luego será sepultado, como el cuerpo de Jesús. Nuestro cuerpo habrá sido instrumento de nuestra alma para trabajar, para sufrir, para gozar, para hacer el bien y también a veces para hacer el mal. Cuidémoslo, mientras estemos vivos, para que, como el cuerpo de Cristo, sea instrumento, no para pecar, sino para amar y servir.

Oración

Señor Jesús, en la hora de mi muerte quiero entregarme, cuerpo y alma, en manos de María para que ella me lleve, con amor materno, hasta el lugar del descanso eterno y de la alegría sin fin.

DÉCIMA CUARTA ESTACIÓN

JESUS ES PUESTO EN EL SEPULCRO

MEDITACIÓN

De los brazos de su madre, el cuerpo de Jesús pasa al frío de la sepultura. Pero no por mucho tiempo. “¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?”, dicen los ángeles a las piadosas mujeres que han ido a orar al sepulcro. Y luego lo verán vivo, conversando y conviviendo con sus discípulos por algún tiempo. Y luego ascenderá al cielo.

Y nosotros también como El. Algún día resucitaremos como El y subiremos al cielo como El, pero, sin esperar la resurrección de nuestro cuerpo, nuestra alma, al momento de morir, partirá al cielo a gozar de la verdad, de la belleza y del bien infinitos, en la fe transformada en visión beatífica, en la esperanza ahora colmada y en el amor infinito que produce la felicidad infinita.

Que este pensamiento nos ayude a vivir bien; porque la vida triunfa sobre la muerte, el amor borra toda huella de pecado y de mal.

Oración

Señor Jesús, guarda mi cuerpo y mi alma limpios de pecado hasta la hora de mi muerte para que participen de la resurrección y entren en la gloria a estar contigo por la eternidad.

ORACIÓN FINAL

Gracias Jesús, por habernos permitido acompañarte, aunque desde mucha distancia, en los sufrimientos de tu pasión y recibir tus últimas enseñanzas: el amor infinito vence el dolor y la muerte y abre las puertas del cielo.

Ayúdanos a vivir nuestra vida como un vía crucis, a sufrir contigo como el Cirineo, a consolarte y aliviarte como la Verónica, y a acompañarte como María, tu madre.

DÉCIMA QUINTA ESTACIÓN

JESÚS RESUSCITA Y SUBE AL CIELO

MEDITACIÓN

Jesús ha resucitado. Está vivo, está con su madre, con sus apóstoles, con los que lo quieren. Come y bebe con ellos. Conversa con ellos. Les da sus últimas instrucciones. Los encomienda a Pedro y a él le promete su ayuda para que pueda asumir la tarea de mantener unidos a sus discípulos y fieles hasta la muerte a su Maestro.

Y nosotros también resucitaremos, después de morir. Y subiremos al cielo con El. Y allí, descansaremos de todos los trabajos y padecimientos de la vida. Veremos a Dios cara a cara y nos sumiremos en la verdad, luminosa, infinita. Y comprenderemos que la verdad es el amor. Amaremos y nos sentiremos amados con un amor infinito. Y ese amor será nuestro gozo. Seremos felices, de una felicidad sin límites y sin sombras: el cielo, la gloria, la beatitud eterna.

Oración

Señor Jesús, que por muy oscuras y negras que sean las nubes que a veces nos rodean en este mundo, sea siempre capaz de vislumbrar el rayo de luz que me recuerda hacia donde voy, qué es lo que me espera y “quién” es El que me espera!